

Bartolomé SEGURA RAMOS, *Ensayo sobre La Ilíada*, Editorial Thémata, Sevilla, 2016, 291 pp.

Cuando uno lee un “ensayo”, suele hacerlo con la predisposición de poder encontrar en esa lectura algo nuevo o que, al menos, merezca la atención del lector por el interés de lo que esté escrito o por la singularidad de su contenido. Éste es el caso del libro del profesor Segura Ramos. Los poemas de Homero, *Ilíada* y *Odisea*, han vivido una existencia desigual según las épocas: unas veces se han elogiado y admirado por la calidad poética de sus versos, por el “entusiasmo” que transmiten o por el singular significado histórico y literario que desde la antigüedad han tenido. Otras veces, en cambio, cuando las circunstancias sociales no apreciaban a los grandes héroes ni a hombres benéficos especialmente dotados, los versos de Homero se han arrinconado en el desván del olvido porque —creían algunos— no eran “útiles” ni conmovían los sentimientos de patriotismo, heroicidad y valor. Sin embargo, una y otra vez esos dos poemas regresan a la actualidad por unos u otros motivos: el mito, el ritmo poético, las metáforas y comparaciones épicas, los epítetos reiterados, etc. hacen de ellos unas fuentes inagotables de inspiración, admiración y reflexión, de formación en valores.

El profesor Bartolomé Segura Ramos ocupó la Cátedra de Latín en la Universidad de Sevilla y cuando ha podido, ha dedicado también parte de su tiempo a los griegos, en particular, a la épica homérica y, dentro de ésta, a la *Ilíada*, como si sus dudas sobre el poema de Homero hubiesen estado en expectativa de disponer del tiempo necesario para resolverlas, si fuera posible. Éste es el tema del libro: analizar las dudas que el poema homérico le planteaba y resolverlas con unas aportaciones y conclusiones.

En sus *Meditaciones del Quijote* José Ortega y Gasset definía a Homero como “el poeta, primero y único”, al menos en la literatura occidental, que fue capaz de contagiar a su auditorio el sentimiento profundo de admiración y respeto por aquellos héroes de un pasado inalcanzable, hasta el punto de cautivar su atención, entusiasmarlo y abstraerlo de este mundo cotidiano. Los héroes homéricos luchaban, según las circunstancias, contra sus aliados y contra sus enemigos, con los

dioses y contra ellos, y, a pesar de “ser” héroes, eran perseguidos y vencidos por el inevitable destino. “Aquiles sólo pudo ser uno” y “una sola Helena hubo”, humana y divina. Cualquier intento de desfigurar el carácter de Aquiles o la conducta de Helena estarían condenados al fracaso, afirmaba Ortega: Aquiles es el que es: el de *La Ilíada*; ninguna otra aventura de Aquiles pudo igualar o superar la cantada por Homero; y una sola Helena hubo, la de Troya. Pensaba Ortega en 1914 que la épica griega era excepcional, única, la primera y la mejor, insisto, al menos en occidente. Y viene bien a los amantes de los Estudios Clásicos leer estas *Meditaciones* orteguianas sobre el Quijote, pues hay en ellas notas finas sobre el héroe y los géneros literarios que ayudan a comprender la evolución histórico-literaria de aquél y de éstos.

Mas ha pasado más de un siglo desde la publicación de aquellas *Meditaciones* y el panorama arqueológico y la interpretación histórico-literaria han enriquecido el nivel de conocimiento que de aquella época arcaica griega se tenía en vida de Ortega. Aunque siga siendo válida dentro de sus propios límites (era también un ensayo —inacabado— a modo de incursión en el terreno literario y filosófico) aquella admiración orteguiana por el valor artístico y por la influencia cultural e histórica de aquel canto inicial en nuestra literatura occidental, uno no puede ignorar que la ciencia histórica y sus disciplinas auxiliares han ido aportando numerosos datos nuevos de la lengua de aquel canto, de la historicidad de aquella guerra, de sus metáforas, hipérboles, repeticiones y fantasías que, lejos de ser una simple creación literaria cantada por un aedo, rapsoda o poeta, hoy se puede afirmar que el poema tuvo como precedente inspirador una guerra real de las varias que tuvieron lugar en Troya y que el canto de *la Ilíada* se fue componiendo con sucesivas aportaciones realizadas en varias regiones griegas; este proceso duró varios siglos. Influencias míticas, literarias e históricas dieron lugar a que uno o varios poetas conformaran una versión amplia, compleja, incluso contradictoria en algunos episodios, a la que en el siglo VI a.C., o antes, se le dio un formato más canónico, que fue el utilizado a partir de entonces. Como es en tiempos de Pisistrato la época en la que se tiene constancia de que tal canon de la guerra troyana se compuso de manera oficial, es a esta época a la que el profesor



Segura Ramos remite la composición definitiva (y primera).

Todo lo cual no es obstáculo para admitir que los avances en la investigación arqueológica en la colina de Hisarlik y en sus alrededores hayan proporcionado numerosos testimonios de la época en la que actualmente se considera que tuvo lugar aquella guerra troyana, en torno a los años 1200-1180 antes de Cristo, guerra que inspiraría posteriormente a los poetas que cantaban a la célebre Ilión. Mas también, desde las perspectivas literarias y lingüísticas los avances han sido considerables.

En este ensayo se explica que la confección de la *Iliada* fue un proceso de creación en el que intervino el ambiente cultural oriental y griego, en el que se fraguó el poema y en el que se dieron los medios técnicos para hacerlo posible. De ahí que se acuda a los antecedentes orientales de la obra (que se exponen en el capítulo I, pp. 15-37 del libro que reseñamos), con el fin de distinguir lo que es heredado o recibido de otras culturas y de lo que es genuino del poema griego. En cambio, considera que no debe entrar con profundidad en las cuestiones lingüísticas porque —entendiendo— que interesan sólo en cuanto que la lengua griega sí tiene un papel en la configuración del poema, pero no es este libro el lugar adecuado para exponer cuestiones dialectales. Por otra parte Segura Ramos anuncia que tratará la forma o estructura del poema y los dos núcleos temáticos que lo constituyen: uno es la llamada *Aquileida*, que desarrolla la (doble) cólera de Aquiles, el otro es la *Parisiada*, o raptó de Helena por parte de Paris. Completa su ensayo con el significado de tres “asuntos” elegidos por su novedad: el carácter abstracto del poema, lo que se oculta bajo la máscara de los héroes, y el humor, cólera y crueldad de Homero. Con este planteamiento anuncia que se aportan seis novedades en un primer momento: primera, la lengua de Homero es lengua hablada y no artificial, como ha sostenido una parte de la crítica hasta ahora; segunda, la declaración de que Aquiles no sufre una cólera, sino dos: la producida por Agamenón al arrebatarle a Briseida y la causada por Héctor cuando éste mata a Patroclo; la tercera, que en el poema hay dos poemas en realidad: el primero o *Parisiada*: desde II.453 hasta parte del canto VIII; el segundo, la *Aquileida*, o doble cólera de Aquiles: XI-XXII; la cuarta es la que propone

que la interpolación no es rasgo propio de Homero, como algo añadido de forma artificial, sino que, en realidad, hay unos fragmentos que se ponen o se quitan según las circunstancias; una quinta aportación sería la del desenmascaramiento del héroe, en cuanto que éste manifiesta temor y villanía, cualidades impropias de lo que se entiende por “héroe”; una sexta aportación sería su llamada “crueldad bíblica”, por cuanto los dioses tratan a los héroes de forma cruel y nada piadosa. Y añade una séptima aportación, en cuanto que el poema en su conjunto es triste: nadie es feliz, ni humano ni divino, sino que el sufrimiento está asegurado para todos. Dicho lo cual, sólo queda concluir que Homero “es una figura evanescente y fantasmagórica” que poco o nada tuvo que ver con el poema.

A lo largo del ensayo Segura Ramos va exponiendo en la primera parte los antecedentes orientales de la cultura griega, en los que recuerda, entre otros, la gran aportación divulgadora del libro de Joachim Latacz *Troya y Homero. Hacia la resolución de un enigma* (Barcelona 2003, Destino) y de otros especialistas como Kirk, Cany, Heubeck, Richardson, etc. En el segundo capítulo Segura Ramos aborda la cuestión de la historicidad de la contienda y su ubicación geográfica y temporal, mientras en el capítulo III aborda las cuestiones que plantea el ciclo épico de la *Iliada* con otros numerosos poemas en forma de cosmogonías, teogonías, luchas (*Titanomaquia*...) u otros ciclos como el tebano, los *Cantos ciprios*, *Etiópida*, *Iliu-persis*, *Nostoi*, etc. Un último apartado del capítulo se dedica a la figura de Homero y su posible inexistencia. En el capítulo cuarto se habla extensamente del poema y de sus numerosas contradicciones. En el quinto se alude a las referencias que aparecen en este poema a otros ciclos, lo que aconsejaría retrasar la fecha de su composición. En la parte dedicada a los medios técnicos cuatro capítulos hacen referencia a la escritura y lengua, al carácter oral del poema, a sus fórmulas, interpolaciones y repeticiones, así como a la relación del aedo con su público.

La segunda parte del libro aborda bajo el título de “El producto” la estructura del poema: formalmente la *Iliada* estaría compuesta de dos núcleos: *Parisiada* y *Aquileida*, como antes se ha indicado, lo que se explica con bastantes detalles. Bajo el título de *La semántica* se defiende el carác-

ter abstracto de este poema épico, se desvela el verdadero carácter de los héroes, juguetes de los dioses, o, como Aquiles, un irresponsable que se enfada como niño caprichoso. Finaliza el libro con otra exposición de ejemplos muy poco virtuosos como el engaño de Hera a Zeus, la crueldad de los héroes con sus enemigos, como Agamenón, o la cólera que suscitan unos héroes en otros, como Agamenón en Aquiles cuando le arrebató a Briseida.

Es un ensayo del profesor Segura que pone el dedo en la llaga, o llagas tras la lectura del libro, porque, salvando las distancias, argumenta con razones de perspectiva analítica las debilidades y contradicciones de quienes sostienen otra interpretación del poema en pleno siglo XXI. Es evidente que los poemas homéricos, en el formato que nos ha llegado, no fueron compuestos por un único poeta en una temporada de ingenio, ni fueron compuestos en una sola noche de divina inspiración. Y es indudable que la literatura griega no surgió de la nada. Pero las anteriores literaturas orientales no lograron el éxito de transmitir a la posteridad el valor literario de lo creado o recreado por ellas al estilo como lo hicieron los griegos, ni tampoco tuvieron su capacidad auto-reproductora e inspiradora para futuras generaciones, sociedades y pueblos. Aquel poema, con las características señaladas y con las no señaladas en este libro, es el poema por excelencia de la literatura occidental, haya sido el primero o no, pero es con el que se inicia —se le diera su forma definitiva antes o después— la gran literatura griega que ha sido inspiradora de la latina y de todas las que conocemos como literaturas de Occidente; es ese pueblo griego el que le dio el punto de partida y su forma inicial a la cultura occidental. Y esto es fundamental en nuestra cultura. ¿Qué habría sido de occidente sin Homero, sin lo que el nombre “Homero” significa literaria, histórica o espiritualmente, haya existido realmente o haya sido una útil referencia? ¿Habría surgido sin Homero o sin lo homérico un Virgilio en Roma? ¿Habría habido en Roma comedia, tragedia latina o poesía épica? ¿Habría habido un Dante siglos después?

Tal vez en otro momento el autor pueda completar el ensayo con nuevas respuestas a las actuales preguntas. Si de forma directa nos preguntáramos ¿por qué la *Iliada*, que se nos ha transmi-

tido así, tras numerosas alteraciones, pasando de mano en mano, y recibiendo varias redacciones hasta llegar a una redacción definitiva o casi definitiva en el siglo VI a.C., sigue manteniendo el nivel de su prestigio e influencia en nuestros días? ¿No influyó la *Iliada* en escritores anteriores al siglo VI antes de Cristo? ¿No sigue influyendo en nuestros días?

Las tesis analíticas sobre las composiciones homéricas vuelven una y otra vez siempre que nos re-planteamos las dudas sobre aquellos poemas. Y plantearlas y tratar de resolverlas es tarea repetida a lo largo de los siglos, y siempre útil. Es evidente que les asiste una parte grande de razón a los que no aceptan un criterio unitario exclusivo. Pero quien tuvo el acierto de dar forma al canto épico de la *Iliada* se inspiró en fuentes anteriores, muchas de ellas aún hoy desconocidas, y por este desconocimiento nuestro, puede resultar arriesgado asentar la afirmación de que fue en tiempos de Pisístrato cuando el poema “se compuso” por primera vez de forma definitiva.

Las nuevas propuestas del profesor Bartolomé Segura Ramos tienen una explicación bien argumentada, pero no son las únicas razones de argumentación en la transmisión de la *Iliada*, como él mismo reconoce. Lo que también habría que preguntarse y responder es ¿cómo fue posible que un poema, con todos los defectos que se le quieran atribuir, pudo influir tanto en el pueblo griego (seis o siete siglos después) y en el pueblo romano (doce siglos) después de que tuviese lugar aquella guerra contra los troyanos? ¿Nos podríamos imaginar hoy una nueva composición épica partiendo de una guerra de reconquista como la ocurrida en la península ibérica en el siglo XV con la toma de Granada, sin que en medio hubiera habido unos precedentes que aludieran a ella?

Las reflexiones de Segura Ramos contribuyen con sólidos fundamentos a enmarcar los estudios sobre la obra homérica en ese secular debate entre analíticos y unitarios acerca de la forma de composición, influencias recibidas y época en que los versos de la *Iliada* aparecieron por primera vez, incluso con la posibilidad de haber aparecido como un canto canónico. Es un largo debate, importante, pero inacabado. Es arriesgado, en nuestra opinión, afirmar que antes de Pisístrato no circulasen ya por las grandes ciudades griegas



cantos épicos que recordasen las hazañas literarias de aquella guerra.

Lo más importante de esta lectura es comprobar que el poema homérico de la *Iliada* sigue influyendo y agradando a las generaciones que hemos tenido la oportunidad de leerlo en griego o en alguna de las múltiples versiones que de ella se han hecho. Y que seguimos reflexionando sobre las circunstancias de composición de aquel poema. Y que con este innovador ensayo de Bartolomé Segura Ramos los estudios sobre Homero y sobre lo que las obras que bajo su nombre conservamos siguen casi treinta siglos después planteando dudas y recibiendo propuestas constructivas de interpretación. Ésta es su gran aportación, seis o siete interpretaciones nuevas con sus fundamentos.

¿Por qué Homero, por denominar de forma convenida a quien (o quienes) dio forma a ese canto, y teniendo en cuenta cuantas circunstancias adversas se quieran proponer, por qué, por

qué sigue siendo “el poeta”? Pienso que la vitalidad de ese poema no fue generada sólo por la labor canonizadora de Pisístrato, sino que desde unos siglos antes el pueblo griego entendió que aquella guerra cruel, finalizada en torno al año 1180 a.C., lo liberó para siempre de una “esclavitud” ubicada en el noreste del mar Egeo, que los hizo libres por varios siglos, libertad que se reforzaría cuando esos mismos griegos derrotaron a los persas, pero libertad que se perdería por el liderazgo militar que alcanzó no un griego, sino un macedonio helenizado; fue el principio del fin de una gloriosa etapa histórica. Y este acervo cultural es la base de nuestra vida actual, no la única, pero sin ella no se puede entender. Por eso Homero, o lo que su nombre significa, aparece al fondo de cualquier manifestación de nuestra cultura.

Luis Miguel PINO CAMPOS
Universidad de La Laguna

